



MASCULINIDAD-ES PARA ARMAR Y DESARMAR
10 claves para comprender y transformar las masculinidades





MASCULINIDAD-ES PARA ARMAR Y DESARMAR
10 claves para comprender y transformar las masculinidades





Una publicación de:

Fundación Casa Refugio Matilde (FCRM)

Con la colaboración de:

Medicus Mundi Mediterrània.

Esta publicación se realiza en el marco del proyecto “Atención integral a mujeres víctimas de violencia en el Distrito Metropolitano de Quito, (2017-2019)”.

Autor

Leonardo García

Fundación Casa Refugio Matilde

Elizabeth Barahona - Directora Ejecutiva

Catalina Arrobo - Coordinadora General

Medicus Mundi Mediterrània

Manel Ortega - Coordinador

Ilustración

Ivanna Carrillo

Diseño e Impresión

Imprenta Mons. Cándido Rada / 02 322-7045

Agradecimientos

Se agradece a todas las personas del grupo de Mujeres Líderesas de Sur de Quito, al grupo de jóvenes de la UDLA y sus programas de vinculación con la comunidad, al personal del Hospital Gineco Obstétrico de Nueva Aurora Luz Elena Arismendi y al equipo humano de la Fundación Casa Refugio Matilde, quienes contribuyeron durante los encuentros a alimentar estas reflexiones en el espacio de formación y sensibilización “Masculinidades para (des) armar. Acciones para la prevención de la violencia contra las mujeres”.



Obra bajo licencia Creative Common, con la cual usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra bajo las siguientes condiciones: Debe reconocer la autoría de la obra. No puede utilizar esta obra para fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

CONTENIDO

Presentación: una invitación necesaria al cambio	5
¿Por qué un texto sobre masculinidad-es?	8
¿Para qué un texto con claves para armar y desarmarlas masculinidades?	10
¿Cómo utilizarlas claves?	10
Clave 1. ¿Cuál es el origen de las desigualdades de género?	13
Clave 2. ¿Masculinidad o masculinidades?	16
Clave 3. ¿Masculinidad patriarcal o masculinidad hegemónica?	19
Clave 4. ¿Masculinidades y machismo son lo mismo?	22
Clave 5. ¿Por qué es necesario que los hombres conozcamos sobre violencia contra las mujeres?	25
Clave 6. ¿Cuáles son los tipos de violencia machista que se ejerce contra las mujeres en Ecuador?	28
Clave 7. Las cifras de la violencia machista contra las mujeres en Ecuador	31
Clave 8. ¿Los hombres son violentos por naturaleza?	34
Clave 9. ¿Pueden los hombres dejar de ejercer violencia contra las mujeres?	37
Clave 10. ¿Pueden los hombres ser aliados en la lucha contra la violencia hacia las mujeres?	40
Bibliografía consultada	43





Presentación: una invitación necesaria al cambio

Quién iba a pensar que después de años y años de ser considerada el referente de lo humano, la masculinidad se iba a convertir en una dimensión sobre la cual iban caer tantos y tantos señalamientos. Quizá en ningún momento de la historia, como ahora, se ha cuestionado a la masculinidad por ser machista, hegemónica o patriarcal. Lo cierto es que hoy como nunca, la masculinidad se asocia a la violencia, y aunque haya quienes afirmen que siempre han estado ligadas, el nuevo elemento a observar es que actualmente, a diferencia de lo que sucedía en el siglo pasado, ser violento no solo no es bien visto, sino que además es objeto del malestar y la sanción social. En décadas pasadas, era frecuente que muchos hombres utilizaran la violencia como un rasgo de su virilidad y, ciertamente eran vistos como el sujeto valiente, el fuerte, el duro, el héroe, el macho, hoy ser macho simplemente no es viable para la vida y la sociedad.

¿Qué ha cambiado? Ha cambiado el mundo, las realidades, las leyes, las relaciones y fundamentalmente las mujeres. Las mujeres, cansadas de injusticia, desigualdad e inequidad se han preguntado por su lugar en la sociedad y han cambiado la economía, la política, la cultura, es decir, han transformado su lugar de ser y han pasado de ser dominadas a ser protagonistas del desarrollo individual y colectivo. Sin embargo, persisten las desigualdades y, por lo tanto, sus luchas avanzan hacia el reconocimiento de derechos y, sobre todo, hacia el disfrute efectivo de los derechos que ya se han ganado.

¿Qué han hecho los hombres? Lamentablemente los hombres no han avanzado a la par de las mujeres. Al considerarse el



centro del mundo nunca se preguntaron por su lugar en él, de manera que todos los cambios generados por las mujeres les ha tomado por sorpresa y todavía no hay una respuesta colectiva que les permita replantearse su lugar en este nuevo mundo. En contraste, la incertidumbre y las nuevas relaciones que supone la existencia de mujeres empoderadas, ha significado para muchos el peligro de sentirse cuestionados y amenazados, y tristemente, en lugar de aprovechar las oportunidades del nuevo escenario, muchos han optado por oponerse y otros tantos responden a esas propuestas con más violencia. Y ¿por qué no cambian los hombres? La resistencia a renunciar al poder y los privilegios es más fuerte que la conexión con la vida, en su sentido más amplio. La posibilidad de perder lo que han heredado producto de años y años de dominación sobre las mujeres, simplemente es inadmisibles. Otra respuesta posible es que quizá sencillamente ¿no saben cómo hacerlo? o ¿no conciben cómo ser por fuera del modelo en el que se les ha encajado? En un espacio de formación le preguntamos a un grupo de hombres ¿qué quedaría de la masculinidad si le quitáramos todos los rasgos machistas? La pregunta fue realmente desconcertante, al grupo le costó articular ideas que los proyectara fuera de ese modelo.

Mientras los hombres encuentran sus respuestas, sabemos que cuando se habla de cambios se trata de diferentes realidades, la inmensa mayoría no quiere soltar el poder, otros que están entendiendo la necesidad de cambio no saben cómo hacerlo (y muchas veces se quedan paralizados) y otros que ya lo entendieron están en un proceso de transición.

¿Se podrá, entonces, transformar la masculinidad que hace daño a las mujeres, a las personas trans e incluso a los mismos hombres? Creemos profundamente que sí. Pero es imperativo trabajar para que suceda y, sin duda alguna, son los mismos hombres los que deben generar sus propios espacios para



reflexionar, juntarse con otros hombres y cuestionar su lugar en el mundo a través de lo que significan y han significado en la historia y a partir de allí y, sin duda alguna, deben empezar a desarmar sus privilegios. Esta es una tarea difícil y lo será más sino se empieza a hacerla. Por eso, la invitación está abierta a armar y desarmar la masculinidad patriarcal y a construir creativa y políticamente otras formas de ser hombres y de relacionarse con la vida.



¿Por qué un texto sobre masculinidad-es?

La Fundación Casa Refugio Matilde nació en junio de 1990, como el primer espacio en Ecuador dedicado a atender a mujeres con sus hijas e hijos afectados por la violencia intrafamiliar y de género. Desde entonces, hemos entendido que la violencia contra las mujeres es un fenómeno estructural, de salud pública, multicausal y de interés colectivo, y en su análisis, era y sigue siendo necesario incluir a la masculinidad como un factor determinante, en su generación y prevención.

Durante casi 30 años de trabajo ininterrumpido en la protección, promoción y de lucha por los derechos de las mujeres, hemos encontrado que la masculinidad es uno de los grandes obstáculos para avanzar tanto en la prevención de la violencia, como en el empoderamiento de las mujeres. Es frecuente ver como muchas de las mujeres que hemos atendido, retornan con sus parejas o no tienen pensado separarse de ellas. De manera que, a muchas, les hemos brindado atención y protección en dos o más ocasiones ¿regresar con los agresores será entonces un problema de las mujeres? La respuesta es no, sabemos que la construcción social de la feminidad y la masculinidad, a través de los roles y estereotipos machistas, actúa de forma muy poderosa y efectiva en la mente de mujeres y hombres, por lo cual es frecuente que estas retornen con las parejas o exparejas que las han agredido, frente a esto nos hemos formulado la pregunta ¿qué podemos hacer ante esta realidad? Una de las respuestas a la que le venimos dando sentido y encontrando caminos por explorar es la de incluir el abordaje de la masculinidad como un factor central en la comprensión de



la violencia, sin el cual, consideramos, no será viable cambiar las relaciones desiguales que se han construido a lo largo de la historia entre mujeres y hombres, debido a que una de sus expresiones más claras es la Violencia Basada en el Género.

Cuando aceptamos que la masculinidad es un elemento central en el abordaje de la violencia hacia las mujeres, inmediatamente nos surgen grandes retos en forma de interrogantes, nada fáciles de abordar, y que quizá ustedes ya se hayan formulado, ¿qué hacemos con la masculinidad? ¿qué les pasa a los hombres que ejercen violencia contra las mujeres, niñas, niños y personas LGBTI? ¿la masculinidad siempre y en todos los lugares debe ser (es) sinónimo de violencia? ¿los hombres no pueden dejar de ser violentos? ¿los hombres pueden construir una masculinidad diferente? Nuestra respuesta es que la masculinidad no implica la violencia y que los hombres si pueden construir subjetividades y adoptar comportamientos no violentos que les permitan crear masculinidades alejadas de las prácticas que vulneran los derechos de las mujeres, niñas, niños, personas LGBTI y de otros hombres. Creemos firmemente que si los hombres transforman sus masculinidades y construyen relaciones igualitarias y equitativas pueden convertirse en aliados de las luchas de las mujeres y personas LGBTI en la construcción de sociedades donde se pueda gozar plenamente de todos los derechos, especialmente al de tener una vida libre de violencias.



¿Para qué un texto con claves para armar y desarmar las masculinidades?

Frecuentemente, en múltiples espacios, tanto mujeres como hombres nos formulan preguntas como ¿qué es eso de la masculinidad? ¿qué puedo hacer para que mi pareja/hijos/hermanos cambien? ¿Qué puedo leer para conocer más sobre masculinidad, pero que sea sencillo? Considerando que además de estas preguntas, personal e institucionalmente, tenemos muchas otras sobre el tema, hemos decidido escribir el texto Masculinidades para armar y desarmar. Claves para comprender y transformar las masculinidades, con la finalidad de proporcionar herramientas que contribuyan a iniciar o continuar procesos de cambio a nivel personal, social y cultural de manera que la masculinidad deje de ser un factor de riesgo tanto para las mujeres, las personas LGBTI, como para los hombres y, se convierta en una posibilidad política de construir una sociedad donde podamos co-existir en igualdad y equidad real.

¿Cómo utilizar las claves?

Escritas en un lenguaje simple, directo y amigable hemos desarrollado 10 claves a partir de las cuales aportamos elementos de información y reflexión, procurando que quien lea pueda conocer, cuestionar e interpelar la masculinidad tradicional (machista) en sus dimensiones más básicas y en su relación con otras categorías como la violencia, los derechos humanos y la necesidad compartida de prevenir la violencia contra las mujeres.



Como contexto, encontramos que la palabra “Clave” proviene del término latín Clavis que significa llave, y las llaves son, en nuestra experiencia cotidiana, objetos que sirven para abrir puertas, de manera que optamos por hablar de claves como herramientas que facilitan la reflexión, comprensión y abordaje de la masculinidad. Proponemos estas claves, advirtiendo que el conocimiento sobre la masculinidad no se agota allí, y que al contrario es una provocación a seguir desarrollando claves propias, a efectuar análisis personales, a ensayar otras formas de definirla, a comprender cómo se relaciona con temas como las emociones, la paternidad, la sexualidad, y con otros que generalmente se ven como desconectados, por ejemplo, con la salud o los accidentes de tránsito, entre otros.

Finalmente, consideramos que un paso fundamental para poder cambiar la masculinidad machista es desarmarla, desestructurarla, pero para alcanzar este objetivo sabemos que primero es necesario conocerla, identificar cómo funciona y comprenderla en el conjunto de sus partes, para facilitar ese proceso ofrecemos estas 10 claves escritas en forma de preguntas o afirmaciones. Así que te invitamos a que las uses, no como una secuencia ordenada (aunque también puede abordarse de esa forma), sino como piezas de un rompecabezas que es necesario construir colectivamente hacia la transformación de la masculinidad patriarcal que tanto daño nos hace y que ya no queremos en nuestras vidas, ni en la sociedad ecuatoriana.





CLAVE 1

¿Cuál es el origen de las desigualdades de género?

La desigualdad de género se basa en la discriminación a una persona, debido a su género. Esto quiere decir, la discriminación que se recibe por identificarse como mujer o una persona transgénero y que afecta el goce de los derechos humanos.

¿Por qué se producen las desigualdades de género? En las sociedades y culturas patriarcales se desarrolló, desde hace muchos siglos, una división de lo humano a partir del sexo de las personas. De esa manera se definió la existencia de dos géneros: el masculino y el femenino. A partir de esa división, a cada uno de los géneros se le asignó una serie de cualidades, valores y roles que las personas deben seguir para ser consideradas como hombres y mujeres.

Producto de esa división, a lo largo de la historia, se construyeron estereotipos que fomentaron la idea de que los hombres debían realizar actividades públicas como la política y trabajar para ser proveedores, entre otras, y se les consideró como más inteligentes y fuertes; en oposición, se estableció que las mujeres debían dedicarse a las labores de la casa, que naturalmente eran más sensibles, que debían ser madres, dedicarse a cuidar a hijas e hijos y ser fieles al esposo. La organización del mundo sobre esos estereotipos provocó que las mujeres se vieran relegadas en el desarrollo de su potencial humano y no pudieran acceder a derechos, recursos y oportunidades. Por su parte, a los hombres se les llenó de poder y privilegios, obteniendo beneficios como el de votar, administrar los bienes, estudiar y dirigir, no solo sus



familias, sino a la sociedad en su conjunto, e incluso, durante muchos años las mujeres eran consideradas su propiedad, por ello, al casarse, debían adquirir el apellido del esposo. Los estereotipos naturalizan la desigualdad.

Que la masculinidad haya sido sobrevalorada por encima de la feminidad sentó las bases de la desigualdad, a partir de allí, los hombres han sido considerados como sujetos de derechos y las mujeres como objetos o ciudadanas de segunda categoría. Esta diferencia en como se valora a unos y otras, ha generado que, por ejemplo, haya menos mujeres en altos cargos públicos o como propietarias de grandes empresas, que ganen menos salario, un largo etcétera, y que actualmente, aunque tengan un trabajo fuera de casa, tengan que llevar una doble jornada laboral, trabajando 72 horas más al mes que los hombres en el cuidado la familia y el hogar. Por esarazón, durante mucho tiempo las mujeres no fueron protagonistas de la historia y permanecieron excluidas de la educación, la salud, la economía, la cultura. En contraste, los hombres han ejercido el poder, acumulan bienes, obteniendo mejores cargos, salarios, capital social y siguen liderando una sociedad machista que no reconoce ni respeta la diferencia.

Por otra parte, esa sociedad patriarcal también planteó que la forma adecuada de experimentar el género y la sexualidad debía ser a través de la heterosexualidad, es decir, las relaciones sexuales solo podían darse entre hombres y mujeres. De ese modo, el género y la sexualidad se convirtieron en formas de discriminación contra aquellas personas que no cumplen las exigencias de la secuencia sexo, género y deseo. Esta secuencia se expresa, en relación al sexo y al género, en personas que siendo de un género, se sienten e identifican con el otro, por ejemplo, una mujer que se siente como hombre y hace un tránsito para identificarse como una persona transmasculina o viceversa, en relación a la sexualidad, se expresa en personas que siendo hombres



orientan su deseo hacia otros hombres o siendo mujeres por otra mujer. En consecuencia, en Ecuador, las personas que se identifican como transgénero (femenino o masculino) o no son heterosexuales, son excluidas y vulneradas en su derecho constitucional a no ser discriminadas por razones de sexo, género y orientación sexual.

La desigualdad de género radica, entonces, en la existencia de una sociedad patriarcal que valora la masculinidad sobre lo femenino y discrimina y excluye la diversidad sexual y de género.





CLAVE 2

¿Masculinidad o masculinidades?

Podría pensarse que hablar de masculinidad o masculinidades significa lo mismo, sin embargo, reconocer la diferencia entre estos dos términos es clave para iniciar el acercamiento al tema e identificar su relación con las desigualdades de género, la violencia contra las mujeres, los derechos humanos y la posibilidad de su transformación.

A nivel general, la *masculinidad* hace referencia a las expectativas de género que una sociedad tiene sobre los hombres, tanto en su personalidad como en sus comportamientos. Son el conjunto de ideas, roles y normas que se espera sean cumplidas por los varones para poder ser reconocidos como hombres o como dice popularmente para ser vistos como “hombres de verdad”. La cultura patriarcal espera que los varones sean: proveedores, exitosos, fuertes, sexualmente activos, que ejerzan el poder, que sean líderes, competitivos, que tomen la iniciativa y, entre otros, que mantengan el control sobre la familia y sus integrantes. Y así mismo, también se les pide que no sean: mujeres, niños, afeminados, débiles, sensibles, pasivos, entre otros. Por eso de niños se juega “el que llegue de último es una `niña`, o `gallina`, o `maricón`”.

Sin embargo, la *masculinidad* en singular, no representa lo que hace un hombre en específico, significa el poder y la dominación que ejercida como norma social y por los hombres como grupo, sobre el cuerpo y la subjetividad de las mujeres y las personas feminizadas (niños, niñas, gay's, lesbianas, transgénero, transexuales e intersexuales), esta masculinidad representa la violencia y las desigualdades basadas en el género y relacionadas con otras características



como la clase social, la pertenencia étnica, la edad, entre otras. Una forma adecuada para describirla es: masculinidad patriarcal o masculinidad hegemónica.

Cuando se habla de **masculinidades** en plural, se hace referencia a la diversidad de formas en que cada persona, en lo más profundo de su ser, se siente e identifica como hombre. Alude a los discursos y acciones que cada hombre realiza cotidianamente para expresar su masculinidad. En otras palabras, representa la forma en la que cada hombre común y corriente decide llevar su vida y relaciones. Se dice que hay tantas masculinidades como hombres existen.

La importancia de hablar de masculinidades radica en que:

- Cuando se habla de **masculinidad** se hace referencia a un modelo único de ser hombre, por lo general, este es rígido e inalcanzable y genera mucha insatisfacción y dolor, debido a que se basa en la superioridad masculina y en el uso de la violencia contra las mujeres u otros hombres e incluso contra sí mismos. Por eso cuando se escucha en los movimientos sociales que es necesario luchar contra la masculinidad, se hace referencia a la masculinidad patriarcal (hegemónica) violenta, no a una lucha u odio contra los hombres como tal.
- Hablar de **masculinidades** permite pensar en la posibilidad de que cada varón puede construir su forma de ser hombre y que ésta no tiene que estar relacionada con el abuso del poder y la violencia como estrategia para resolver sus conflictos. Esto quiere decir que los hombres pueden salirse del modelo de la masculinidad patriarcal (machista), desarrollar su potencial humano y contribuir a transformar las relaciones desiguales que se mantienen en la actualidad.



Hablar de **masculinidades** en plural, abre la oportunidad política de transformar las desigualdades basadas en el género y el significado de lo que hemos entendido hasta ahora como masculinidad.





CLAVE 3

¿Masculinidad patriarcal o masculinidad hegemónica?

Cuando se habla de patriarcado cada vez es más frecuente escuchar el término masculinidad hegemónica, pero la mayoría de las personas que no están familiarizadas con este tipo de conceptos, pueden confundirse. La masculinidad hegemónica hace parte de una teoría empleada para analizar cómo opera el patriarcado a través del género, pero en la cotidianidad se define como el modelo de ser hombre que se impone como el más aceptado y valorado socialmente.

Vamos a realizar un ejercicio para identificar rápidamente la masculinidad hegemónica que funciona en tu contexto específico. Cierra los ojos y piensa en la respuesta a las siguientes preguntas, no en la que tú darías, sino en la respuesta cultural más común que tendría la mayoría de las personas de la sociedad en la que habitas: En tu ciudad y en tu país, ¿cuál es el tipo de hombre que se acepta como ideal o deseable? ¿cuál es el tipo de hombre al que se valora más culturalmente?

Si todavía tienes dificultad en identificar ese tipo de hombre, cierra los ojos nuevamente y piensa: una gran empresa necesita contratar a un hombre para dirigir una seda en tu ciudad ¿a qué tipo de hombre contratarían? ¿qué tipo educación tendría? ¿cómo luce ese hombre?

¿Ya se va haciendo más clara la imagen de ese hombre aceptado y deseado socialmente? si aún te quedan dudas, vuelve a cerrar los ojos e imagina la respuesta a estas preguntas: ¿Cuál sería el hombre que, al llevar a casa, tu padre y madre aceptarían sin dudarlo? ¿podría ser cualquier hombre? ¿cuáles serían sus características? ¿a qué clase



social pertenece? ¿cuál es el color de su piel? ¿cuál es su aspecto físico? ¿qué tipo de ropa y accesorios usa? ¿cómo habla y expresa sus ideas?

En los talleres realizados en el proyecto, el conjunto de las respuestas que nos compartieron las personas participantes a estas preguntas, nos permitió crear la siguiente imagen del hombre hegemónico: se trata de un hombre blanco-mestizo, de ojos azules o verdes, de clase social media-alta, con educación superior, con cuerpo atlético (de abdominales marcados y pene grande) que viste de manera formal con terno o ropa de moda, inteligente, se expresa muy bien, es trabajador, posee muchos recursos y es exitoso en lo que hace. ¿Se parece en algo a tu imagen? ¿tú como hombre haces parte de ese modelo? ¿los hombres que conoces caben en ese molde?

Algunas características generales de la masculinidad hegemónica son:

- No es la misma en todos los lugares, varía de ciudad en ciudad y de país en país y se va actualizando permanentemente a través del tiempo.
- Se basa en el cumplimiento de la norma y roles de la masculinidad (en singular) patriarcal.
- No solo busca dominar a las mujeres, sino que crea jerarquías entre los hombres dando privilegios y beneficios a los que más se acercan al ideal y sanciones y castigos para aquellos que se alejan de lo establecido.

Donde existe una masculinidad hegemónica aparecen automáticamente masculinidades subordinadas, esto quiere decir que hay hombres que son valorados como “más” o “menos” hombres. De ahí que la masculinidad sea experimentada por los hombres como una larga y dura carrera



competitiva, en la que se busca parecerse cada vez más al modelo ideal para gozar de sus privilegios y no ser excluidos del reino masculino. Por ejemplo, si la norma masculina tradicional dice que los hombres no lloran ni expresan sus sentimientos, hacerlo te convierte en un hombre débil, en consecuencia, te vas alejando del modelo, si otra norma es que debes ser heterosexual, y si te gustan otros hombres, se te discriminará como homosexual y se te desplazará al mundo de lo femenino, y como ya sabemos la masculinidad patriarcal es una lucha por no ser mujer, homosexual o niño.

La masculinidad patriarcal se expresa a través de la masculinidad hegemónica y se pueden utilizar como sinónimos.





CLAVE 4

¿Masculinidades y machismo son lo mismo?

Masculinidades y machismo son dos palabras que suelen encontrarse juntas y estar relacionadas, pero no significan lo mismo. Las masculinidades son las formas en que cada hombre en particular desarrolla su forma de ser y comportarse y el machismo hace referencia al acto de llevar a la práctica la masculinidad patriarcal. Vamos cómo se relacionan.

Si la masculinidad se basa en la idea de la superioridad masculina sobre lo femenino, podemos definir al **machismo** como el conjunto de *acciones, actitudes y comentarios que efectúan los varones, e incluso las instituciones, de forma directa o indirecta, para reafirmar que los hombres, por el simple hecho de ser hombres, son naturalmente mejores (y más importantes) que las mujeres y lo femenino.*

Se preguntarán, entonces ¿masculinidad y machismo son lo mismo? La respuesta es no, si bien provienen de la misma fuente, la primera es la súper valoración de lo masculino y la segunda son las formas concretas a través de las cuales los hombres le hacen saber y sentir a las mujeres su supuesta “inferioridad”. Lamentablemente, en la actualidad, el machismo es una de las expresiones más comunes y vigentes del patriarcado, al punto de hacernos pensar que es parte natural de las relaciones entre los hombres y las mujeres y, entre los mismos hombres.

Pero nada más equivocado que esta idea de la superioridad masculina. Desde la ética de los derechos humanos, sabemos



que todas las personas somos dignas por el solo hecho de ser personas, que somos sujetos y tenemos el mismo valor que otra persona, sin importar ninguna de las características que nos diferencian como seres humanos. Para explicar esta afirmación, encontramos que, desde el enfoque de derechos humanos, no importa el lugar donde vivimos, el color de nuestra piel, nuestro idioma, la edad, los recursos económicos, la educación, si trabajamos o no, o cómo experimentamos nuestra sexualidad para poder disfrutar de nuestros derechos. En definitiva, se puede asegurar que ninguna persona es inferior a otra y, por ende, ninguna puede ser discriminada, por ejemplo, por ser mujer o una persona transgénero.

Ahora bien, el machismo no es solo una práctica aislada e inocente que realizan los hombres para creerse más, una de las características centrales del machismo es que, es sí mismo, es una forma de violencia. ¿Por qué el machismo es violencia? Por varias razones, exploremos algunas:

- Si aceptamos que todas las personas somos dignas e iguales ante la ley y poseemos los mismos derechos, cuando una persona o un grupo social como los hombres se considera así mismo como superior a una persona o grupo social como las mujeres, se está vulnerando el derecho a la igualdad.
- El machismo es violencia porque afecta las libertades de las mujeres al pretender limitar su experiencia a ciertas áreas, roles y estereotipos asociados a lo que pueden llegar a ser y hacer, generalmente restringido al espacio privado (ser madres, cuidadoras).
- Es violencia porque no solo consiste en promulgar ideas, sino también en llevarlas a la práctica, entre muchas nombramos solo algunas: a) realizar comentarios sexuales



“aparentemente” inofensivos, hacer referencia al cuerpo de una mujer o lo que podría hacerle, b) contar chistes o hacer bromas que ridiculizan a las mujeres y/o colocan a los hombres como superiores o salvadores, c) humillarlas, disminuir su amor propio, hacerlas sentir inútiles, no valorarlas, d) evitar que hablen en público, que expresen sus ideas, interrumpirlas o mandarlas a callar, e) evitar que las mujeres (hijas, esposas, hermanas...) realicen “actividades de hombre”, f) asumir, en la relación de pareja, que la mujer es propiedad del hombre, y que éste puede controlar su cuerpo y tiempos, prohibirle trabajar o mantener ciertas amistades o contacto con la familia, restringir como se viste y supervisar lo que hace fuera y dentro de la casa, controlar su dinero y su celular.

- Adicionalmente, hay que decir, que las expresiones del machismo pueden presentarse en cualquier lugar y pueden provenir de cualquier persona, conocida o no.





CLAVE 5

¿Por qué es necesario que los hombres conozcamos sobre violencia contra las mujeres?

Frecuentemente escuchamos a hombres decir: “Porqué se enoja, no era para tanto”, “Era solo una broma”, “Lo que dije es algo normal”, “Es muy sensible, debe estar en sus días”, entre otros comentarios, los cuales se utilizan para restarle valor a esas situaciones de violencia y para ocultar el posible impacto que tienen sobre las mujeres, las niñas y los niños.

Esta actitud nos indica que muchos hombres no tienen conciencia o no reconocen cuáles comportamientos, frases o actitudes pueden constituir violencia o que no lo quieren saber, para evitar una confrontación ética. Esta situación, que se repite más de lo deseado, es el resultado de una cultura que a través de los años naturalizó la violencia contra las mujeres, las niñas y los niños, haciéndonos pensar que está bien y es tolerable, por esa razón, todas aquellas expresiones que generan malestar, incomodidad y afectan la dignidad de estas personas, han sido invisibilizadas y asumidas como algo “normal”, que siempre han sucedido y debe seguir así.

Sin embargo, hay que decir que cualquier actuación (por básica que sea) e incluso cualquier omisión que genere dolor, tristeza o afecte la dignidad de las personas es violencia, y debemos aceptar que ésta ha estado y está presente en nuestras relaciones. Ahora, hoy, este momento, es el tiempo de conocer y hablar de ella, de hacerla visible, de asumir la responsabilidad y reconocer todas las desigualdades que se esconden detrás de ella y de las tradiciones que la legitiman. Un ejemplo de esa naturalización, es la frase popular: “Mate o pegue marido es”.



Parte de la labor de hacernos cargo de nuestra violencia, empieza por comprender y admitir que la violencia machista no se reduce a los actos cotidianos mal denominados “violencia sutil”, debemos aceptar el hecho de que todas las conductas machistas, desde las pequeñas a las más graves, son violencia. Asumir la responsabilidad por nuestras violencias exige no seguir ignorando el problema o considerarlo como un “asunto de mujeres”, o seguir pensando que las “mujeres están locas” y que todo es un invento para controlar a los hombres.

Algunas de las acciones que pueden realizar los hombres antes de opinar sobre violencia contra las mujeres son las siguientes:

- Investigar, estudiar y sentarse a hablar con otros hombres y con mujeres, sobre cómo ha sido la historia de discriminación, violencias y desigualdades que han experimentado las mujeres.
- Aprender a identificar cuáles han sido los privilegios masculinos, reconocer que es, en las mujeres, en quienes recae el trabajo que se requiere para que los hombres puedan tener una vida cómoda, entender cómo ha afectado y afecta a las mujeres, niñas y niños sostenerlos, y plantearse interrogantes como ¿porqué eso que a un varón le genera tanto placer y bienestar a una mujer le genera tanto trabajo y/o dolor? y, buscar respuestas e identificar qué puedo hacer para transformar esa situación.
- Preguntarse ¿por qué se da un trato diferenciado a hombres y mujeres en las mismas situaciones? ¿porqué a los hombres se les estimula desde edad temprana a que ejerzan su sexualidad y a las mujeres se les censura? ¿por qué ganan más dinero los hombres que las mujeres por el mismo trabajo? ¿por qué las mujeres mientras están en la calle o



en espacios públicos deben tener miedo a ser acosadas o violadas? indignarte y actuar para transformar esa situación.

- Identificar que la sociedad está estructurada para que los hombres puedan desarrollar todo su potencial, y simultáneamente, está diseñada para que las mujeres sigan cumpliendo su rol de madres y cuidadoras del hogar y de esa manera no alcancen todo su potencial humano, como lo harían si, por ejemplo, accedieran al estudio o a un trabajo remunerado.

Es urgente que los hombres conozcamos y hablemos de violencia contra las mujeres, ya no desde una opinión sin información, o desde el resentimiento por los derechos que estas han conquistado, sino desde el re-conocimiento de las experiencias de las mujeres y desde la certeza de que la violencia es un problema real que nos concierne y frente al cual tenemos que actuar.





CLAVE 6

¿Cuáles son los tipos de violencia machista que se ejerce contra las mujeres en Ecuador?

La violencia contra las mujeres es la expresión de la dominación que se ha ejercido históricamente sobre este grupo humano. En sí misma representa la vulneración de sus derechos y la afectación a su integridad, dignidad y libertades. La manera más simple de entender el concepto es reconocer que las mujeres reciben violencia por el hecho de serlo. Esto quiere decir que, en el marco de las relaciones de género, ser mujer se convierte un factor de riesgo y vulnerabilidad.

¿Por qué debemos conocer cuáles son los tipos de violencia contra las mujeres? Es relevante porque la violencia de género es un problema real, porque según la Organización Mundial de la Salud es un problema de salud pública y según la Organización de Naciones Unidas es como una plaga mundial. Esto es importante, porque significa que las mujeres a lo largo de su vida como infantes, niñas, jóvenes, adultas y adultas mayores son receptoras de la violencia y, finalmente, porque como vimos, los hombres necesitamos saber en qué forma se expresa dicha violencia para aprender a identificarla y prevenirla.

¿En Ecuador cómo podemos saber cuál es son los tipos de violencia? En el país, la Ley Orgánica Integral para Prevenir y Erradicar la Violencia contra las Mujeres promulgada en febrero de 2018, nos permite conocer cuáles son los tipos y los ámbitos en los que se presenta la violencia. La Ley también nos define que violencia de género contra las mujeres es



“Cualquier acción o conducta basada en su género que cause o no muerte, daño y/o sufrimiento físico, sexual, psicológico, económico o patrimonial, gineco-obstétrico a las mujeres, tanto en el ámbito público como privado”.

La Ley establece que existen 7 tipos de violencia:

- **Física.** Se refiere a todo daño o sufrimiento físico, dolor o muerte, forma de maltrato, agresión, castigos corporales, como empujones, jalar el pelo, golpes, patadas, asfixiar y ahorcar.
- **Psicológica.** Es la más frecuente de todas y se refiere a todas las acciones que puedan producir daño emocional y/o problemas psicológicos. Se presenta a través de situaciones de humillación, intimidación, amenaza, culpa, encierros, aislamiento, insultos, chantaje.
- **Sexual.** Se refiere a todo acto que afecte la integridad sexual y que impida que las mujeres puedan decidir y experimentar su vida sexual y reproductiva. Se expresa a través de tocamientos, amenazas, coerción, uso de la fuerza e intimidación, el abuso o acoso sexual, la violación -aún dentro del matrimonio-, la trata y la prostitución forzada.
- **Económica o patrimonial.** Se refiere a las acciones que buscan afectar los recursos económicos y patrimoniales de las mujeres, puede ser la destrucción de las propiedades, el adueñarse de su dinero, la retención de objetos, el incumplimiento de las obligaciones alimentarias.
- **Simbólica.** Hace referencia a los productos culturales que usan la imagen de la mujer como un ser inferior o subordinado y como objeto sexual. Por ejemplo, en la publicidad se hace pensar reiteradamente que “las mujeres son menos inteligentes” o “solo son bonitas”,



de manera tal que las personas terminan pensando que realmente lo son.

- **Política.** Hace referencia a la afectación de los derechos políticos y electorales de las mujeres. Se expresa en acciones para limitar su labor en cargos públicos o en la participación política y social.
- **Gineco-obstétrica.** Hace referencia a las acciones que limitan el derecho de las mujeres a los servicios de salud, tanto a las mujeres no embarazadas, embarazadas y en labor de parto. Se expresa a través de maltrato, regaños, indiferencia ante el dolor, la no atención, el no consentimiento, abuso o negación de medicación o imposición e prácticas culturales.

Así mismo, la Ley reconoce que esa violencia puede presentarse en al menos 10 ámbitos y contextos diversos: 1) intrafamiliar o doméstico, 2) educativo, 3) laboral, deportivo, 5) estatal e institucional, 6) centros de privación de libertad, 7) mediático y cibernético, 8) espacio público o comunitario, 9) centros e instituciones de salud y 10) emergencias y situaciones humanitarias.

No se debe olvidarse que la violencia puede presentarse en cualquier espacio, provenir de cualquier persona o institución y pueden presentarse varias de ellas simultáneamente.



CLAVE 7

Las cifras de la violencia machista contra las mujeres en Ecuador

Un acercamiento a las cifras de la violencia machista que es ejercida por los hombres en contra las mujeres en Ecuador, nos invita a reconocer la dimensión del problema, la responsabilidad masculina en él y la necesidad de actuar para identificarla y detenerla.

En el país es común ver y escuchar las cifras acerca de las mujeres que han sido afectadas por algún tipo de violencia basada en su género, pero nunca o casi nunca nos dicen nada sobre quienes ejercen dicha violencia, por eso te invitamos a revisar esos datos con una mirada nueva, como si nos miráramos al espejo.

Violencia ejercida por los hombres en Ecuador.

- El 56.9% de los hombres han ejercido violencia psicológica contra las mujeres.
- El 35.4% de los hombres han ejercido violencia física contra las mujeres.
- El 32.7 % de los hombres han ejercido violencia sexual contra las mujeres.
- En Ecuador 65 de cada 100 hombres, ha ejercido, a lo largo de su vida, por lo menos un hecho de violencia contra las mujeres.
- En 2017, aproximadamente 2.247 hombres fueron progenitores, con mujeres de edades entre 10 a 14 años de edad, lo cual constituye un delito sexual.



- Hasta julio de 2017, un total de 595.023 hombres tenían demanda por alimentos, para un total de 777.986 hijos e hijas.
- Los hombres destinan en promedio cuatro veces menos tiempo a las actividades domésticas del hogar que las mujeres, los hombres trabajan 6 horas y las mujeres 18:05 horas a la semana, esto significa que los hombres trabajan 24 horas mientras las mujeres trabajan 72.
- En 2015 cada 7 días, en 2016 cada 5 días y en 2017 cada 28 horas un hombre asesinó a una mujer.

Las cifras son reveladoras, nos dicen que en un país donde habitan más de 17 millones de personas, de las cuales la mitad son varones, 7 de cada 10 hombres, a lo largo de su vida, ejercen o han ejercido violencia contra las mujeres.

Veamos en detalle, según la Encuesta Nacional sobre Relaciones Familiares y Violencia de Género contra las Mujeres de 2019, a qué hacen referencia algunas de las principales formas de violencia identificadas. En la violencia psicológica, se encontró que 7 de cada 10 hombres insultó, ofendió, humilló, amenazó con pegarle, le encerró o le prohibió salir o que la visiten, le amenazó con quitarle a sus hijas o hijos, le amenazó con algún arma, con matarla, matarse o matar a las niñas o los niños.

En la violencia física, se halló que 3 de cada 10 hombres empujó o le jaló el pelo a una mujer, o le golpeó con las manos o un objeto, le trató de ahorcar o asfixiar, le agredió con cuchillo, le disparó con un arma o la pateó.

En relación a la violencia sexual, se identificó que 3 de cada 10 hombres le exigió a una mujer tener relaciones sexuales a la fuerza, le obligó a hacer algo que a ella no le gustaba en las relaciones sexuales, manoseó o tocó su cuerpo sin consentimiento, le hizo insinuaciones sexuales a cambio de brindar mejoras



en las notas académicas o mejorar las condiciones laborales, le obligó a tener relaciones sexuales con engaños, le obligó a mirar las partes íntimas de otra persona y le tocó las partes íntimas en contra de la voluntad.

Una realidad abrumadora, que obliga a hacer un alto en camino y preguntarse ¿qué sucede con la masculinidad que hemos validado social y culturalmente? ¿es este el tipo de hombres que queremos para acompañar la vida de las mujeres? ¿cuándo los hombres van a asumir su responsabilidad frente a la violencia y actuar para cambiar?





CLAVE 8

¿Los hombres son violentos por naturaleza?

Antes de formular respuestas a esta pregunta, es necesario realizar un ejercicio de respeto, sinceridad y justicia, sin el cual, cualquier intento por avanzar en procesos de cambio de la masculinidad no tendría un punto de partida legítimo. Debemos reconocer que los varones hemos ocupado y disfrutado de múltiples privilegios y ventajas sobre las mujeres por el solo hecho de ser hombres, que hemos ejercido el poder de manera abusiva generando y profundizando desigualdades entre los géneros (mujeres, hombres y personas transgénero) y de forma categórica, debemos reconocer que los hombres, a través de la historia, como colectividad y en nombre de la masculinidad patriarcal, hemos ejercido todos los tipos conocidos de violencia contra las mujeres.

Este acto simbólico es necesario como una acción de desagravio histórico, que reconoce el dolor y limitaciones que han experimentado las mujeres y porque es necesario para empezar a sanar todas las heridas que se han acumulado durante tantos años de desigualdad. Habrá hombres que se preguntarán, ¿entonces debemos asumir la culpa por toda la violencia que han generado otros hombres, incluso sobre mujeres que no conocemos? Lo que deberíamos considerar es que no se trata de generar culpas, sino de aceptar que los beneficios de los que gozan los hombres son el resultado de años de haber dominado a las mujeres y, si bien, directamente quizá exista alguno que no haya oprimido a una mujer, otros si lo han hecho. En segundo lugar, porque es preciso aceptar que esa desigualdad restringió las oportunidades de las mujeres para tomar sus decisiones y construir libremente el sentido de sus vidas, como si lo han hecho los hombres.



Finalmente, este ejercicio es una doble invitación: a nivel colectivo, a expresar solidaridad con todas esas mujeres y familias que han sido afectadas y a dejar de señalarlas por reclamar derechos, y a nivel individual, es una interpelación a que cada hombre se autoevalúe críticamente e identifique las violencias que ha ejercido, las situaciones de las que ha sacado provecho y a que busque espacios con las mujeres o la familia, donde reconozca las acciones (errores, faltas, violencias) u omisiones (no estar, no reconocer la paternidad) que ha realizado y asuma la responsabilidad por las mismas. Buscar perdón y perdonarse hace parte del camino para sanar.

Retomando la pregunta, ante las frecuentes y cada vez más crueles prácticas de violencia contra las mujeres, las niñas y los niños, todo pareciera indicar que la naturaleza de los hombres no es otra que la violencia. La idea de la masculinidad como sinónimo de violencia es tan profunda que difícilmente se podría afirmar lo contrario y habrá que trabajar mucho para cambiar ese imaginario, sin embargo, nuestra respuesta es clara y contundente: la violencia no es destino. Esto que quiere decir, que la violencia no es inevitable, que los hombres no tienen que ejercer la y las mujeres no tienen porque padecerla.

Nuestro argumento más importante se basa en que la violencia no es una condición natural, no es innata, no nace con los hombres, no hace parte de la dotación genética, por el contrario, es una construcción social y cultural. En consecuencia, la violencia es un aprendizaje, es una forma de resolver conflictos que hemos heredado y aprendido a través de la historia, de la tradición.

Uno de los sustentos científicos para respaldar este argumento lo ofrece el Manifiesto de Sevilla sobre la Violencia. Preparar el terreno para la construcción de la paz, elaborado en 1986 y



adoptado por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura - UNESCO en 1989.

El Manifiesto, a través de proposiciones basadas en estudios científicos llegó a las siguientes afirmaciones: “Científicamente es incorrecto decir que cualquier forma de comportamiento violento está genéticamente programada en la naturaleza humana”, “la violencia no se inscribe ni en nuestra herencia evolutiva ni en nuestros genes”, “científicamente es incorrecto decir que los hombres tienen ‘un cerebro violento’”, “No hay nada en la fisiología neurológica que nos obligue a reaccionar violentamente”. El manifiesto afirma que nuestros comportamientos están moldeados por nuestra socialización, es decir, por el contexto donde crecemos y cómo nos crían. Por lo tanto, la violencia es una respuesta a las ideas sobre la superioridad masculina y a cómo nos educaron para defenderla, no una condición natural.





CLAVE 9

¿Pueden los hombres dejar de ejercer violencia contra las mujeres?

Sabemos que la masculinidad, en singular, es la norma que impone la idea del poder, la superioridad masculina y es la fuente de la violencia machista. También sabemos que las masculinidades, en plural, hacen referencia a la forma en que cada hombre elige construir su ser, su personalidad y cómo comportarse. Con esta claridad, y si aceptamos que los hombres no son violentos por naturaleza, en consecuencia, la respuesta sería que los hombres si pueden dejar de ejercer la violencia. Sin embargo, aunque parece lógico, no es tan simple ni fácil, de ser así, hace mucho tiempo se habría acabado con este problema. ¿Entonces de qué depende?

Que los hombres renuncien al ejercicio de la violencia no es un hecho individual, el problema de la violencia reside en los factores sociales y culturales que la legitiman. La escritora Toni Morrison dijo en una oportunidad “Los hombres no son el enemigo. El enemigo es el concepto del Patriarcado. El concepto del Patriarcado como forma de dirigir el mundo o hacer las cosas”. Esta idea nos invita a pensar que el patriarcado es una creación y, como tal, puede transformarse. En este punto alguien podría decir: “Acabemos con el patriarcado y listo”. Lamentablemente, no es tan simple como se lee, porque el patriarcado, como nos dice la autora, se convirtió en nuestra forma de pensar y de actuar, está presente en la escuela, en las leyes, en el Estado, en los medios de comunicación, en el trabajo, en nuestras familias, el patriarcado se convirtió en la misma sociedad, en la misma cultura, y por si fuera poco, el patriarcado como forma de dominar a las mujeres, se relaciona estrechamente



con otras formas de dominación como el capitalismo, el colonialismo y el adultocentrismo.

¿Entonces no se puede hacer nada? Sí. Pero debemos partir del hecho de que el origen de la violencia no está solo en el hombre que pega el puño, grita o mata, sino que está vigente porque la cultura la sigue legitimando. Por eso, el cambio no debe operar solamente en los hombres agresores, sino en las ideas que orientan la vida en sociedad, las ideas con las cuales educamos a niños y niñas para que se conviertan en ciertos modelos de ser hombres o mujeres y en las leyes con las cuales regulamos la vida en común y con las cuales podemos generar justicia, igualdad y equidad. Necesitamos cambiar las tradiciones culturales y las leyes sociales para que la violencia deje de ser una forma de relacionarnos y de resolver los conflictos. Entonces, como lo social y cultural se puede transformar, en esta labor se requiere del aporte de cada persona, comunidad o institución, por esta razón el problema de la violencia de las mujeres es colectivo.

Dicho esto, la tarea recae en los hombres como sujetos individuales. Si aprendieron a ejercer la violencia, pueden desaprenderla y aprender nuevamente otras formas de actuar. Este proceso es largo e incómodo, debido a que lo que han aprendido a lo largo de su vida, no se va con solo desearlo, se requiere de un trabajo continuo, sostenido y muchas veces doloroso, que implica rupturas y pérdidas: el trabajo sobre uno mismo. Para esta labor no hay fórmulas ni recetas que garanticen el éxito, acá compartimos algunas provocaciones para iniciar la ruta:

- Reconocer la existencia del patriarcado y las desigualdades, identificar y aceptar lo que cada uno tiene de machista y soltar los privilegios de los que goza.



- Revelarse a la masculinidad machista. Esto es, salirse del molde, no sentirse obligado a cumplir con un modelo de ser hombre y elegir una vida donde cada uno pueda tomar decisiones sobre el tipo de hombre que quiere ser, como verse y como relacionarse, experimentar todas las capacidades humanas, vivir las emociones, afectos y sentimientos plenamente, sin miedo, sin culpa, sin el temor a dejar de ser hombre o ser señalado por simplemente ser humano.
- Adoptar una posición ética que oriente tus comportamientos y relaciones, por ejemplo, incorporar los derechos humanos como referente y desarrollar una actitud crítica permanente sobre cómo ejerces el poder y empezar a construirlo colectiva y creativamente (en pareja, en familia, en la comunidad).
- Rechazar cualquier forma de violencia, discriminación o injusticia contra las mujeres u otros grupos sociales por razones de género, orientación sexual, etnia, edad, clase social u otras características de las que hacen de cada persona un sujeto de derechos.



**CLAVE 10**

¿Pueden los hombres ser aliados en la lucha contra la violencia hacia las mujeres?

Pasar de ser potenciales agresores a posibles aliados de las mujeres en la lucha por una vida libre de violencias, no solo es posible sino imperativo para todos los hombres. Sería una ironía para el patriarcado que los hombres utilicen el poder que han heredado, precisamente para separarse de él, para traicionarlo y construir igualdad junto a las mujeres, las personas trans y otros hombres.

Ser un aliado implica no solo respetar, proteger o luchar por los derechos de las mujeres, también exige que cada hombre se revolucione asimismo y redefina (desarme y vuelva a armar) su masculinidad. En este doble acto radica la posibilidad de convertir la masculinidad en una práctica política. Pero ¿qué significa la masculinidad como práctica política?. Significa que desde la acción personal los hombres asumen una postura crítica consigo mismos y la escalan al plano social, esto es, que no solo se ocupan de su mundo interior y de construir relaciones libres de violencia e igualitarias con sus parejas, familias y amistades, sino que convierte esas aspiraciones en búsquedas conjuntas, haciendo el tránsito del trabajo individual a esfuerzos colectivos por alcanzar derechos y construir mejores condiciones de vida para las mujeres y otros grupos históricamente excluidos como las personas LGBTI, los pueblos y nacionalidades indígenas, los pueblos afroecuatorianos, las personas en movilidad humana, los grupos empobrecidos, entre otros, y sus luchas contra el sexismo, la LFTI fobia y el reconocimiento de derechos civiles, el racismo, la xenofobia, el clasismo y por avances en



problemáticas como el aborto, la precariedad del trabajo, el extractivismo, la educación sexual de calidad, el embarazo adolescente, la violencia sexual en centros educativos y muchos otros temas de la agenda social.

Todo este panorama puede parecer abrumador, sin embargo, hay que entenderlo como un proceso con múltiples caminos donde cada quien elige por donde transitar. La invitación no es a salir a cambiar todo el mundo, esto sería irreal, la invitaciones a iniciar por cambiar los entornos inmediatos, empezar a promover cambios en el entorno familiar, en el trabajo, en la escuela, con los amigos y amigas. Acciones como no publicar y ni compartir en las redes sociales imágenes que expongan la integridad sexual de una mujer, no aceptar bromas machistas en reuniones o en el trabajo, dejar que las mujeres caminen por las calles libremente sin emitir piropos, reaccionar cuando alguien acose a una, están al alcance y contribuyen a construir otras historias.

Una invitación que ha realizado el movimiento social de mujeres es a que los hombres no se apropien de los espacios que ellas se han ganado, sino que lleven la reflexión sobre la masculinidad a los espacios que ya tienen y aprovechen para involucrar a otros hombres y a unirse a los cambios que ya están en marcha en Ecuador y en todo el mundo.

La intensión del cambio no es suficiente o implica en si misma un cambio real, los hombres deben estar en permanente tensión buscando coherencia entre el discurso y la acción, hoy las palabras no alcanzan, deben concretarse en hechos. Un riesgo permanente es creerse el cambio y auto complacerse creyendo que ya no se es machista o se abusa del poder. Algo más peligroso que un hombre machista, es un hombre que cree que no lo es porque llora, cambia pañales o no golpea a su pareja, mientras sigue siendo sexista y controlando la vida de las mujeres o de la familia. Una trampa de la masculinidad



es su gran capacidad de actualizarse, de adaptarse a las nuevas condiciones sociales. Ser políticamente correcto sin efectuar una reflexión profunda sobre todas las relaciones de poder, sobre las violencias que se ejercen, es solo una postura, una ficción que tarde o temprano terminará revelando la verdad sobre quienes somos.

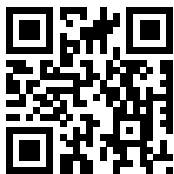
10 claves en forma de preguntas no son suficientes para despejar todas las dudas sobre un tema escasamente abordado, sin embargo, más que certezas esperamos que surjan más cuestionamientos y que al final de la lectura, por lo menos la masculinidad haya quedado interpelada.



Bibliografía consultada

- Constitución de la República de Ecuador. 2008.
- Fundación Casa Refugio Matilde. 2018. Ciclo de la Violencia. Ecuador
- INEC. 2019. Encuesta Nacional sobre Relaciones Familiares y Violencia de Género contra las Mujeres – ENVIGMU. Ecuador.
- Organización Panamericana de la Salud. 2013. Comprender y abordar la violencia contra las mujeres. Violencia sexual. Washington, DC: OPS.
- Republica de Ecuador. 2018. Ley Orgánica Integral para Prevenir y Erradicar la Violencia contra las Mujeres. Ecuador.
- Unesco. 1989. Manifiesto de Sevilla sobre la Violencia: Preparar el terreno para la construcción de la paz. España.





 0996 696 723 (24 horas) / (02) 2625 316 / 2234 734

 /refugiomatilde

 www.fundacionmatilde.org

Con la colaboración de:

